

**Papeles  
del  
Este**  
*Transiciones  
poscomunistas*

**N.º 7 (2º semestre 2003)**

**ISSN 1576-6500**

[www.papelesdeleste.com](http://www.papelesdeleste.com)

**UCM**

**UCM**  
UNIVERSIDAD  
COMPLUTENSE  
MADRID



ICEI

**Papeles  
del  
Este**  
*Transiciones  
poscomunistas*

**Nº 7**

**ISSN 1576-6500**

## ¿El precio de la libertad?

***La gran transición.  
Rusia, 1985-2002***

**Rafael Poch-de-Feliu**

Prólogo: Roi Medvedev.  
Editorial Crítica. Memoria Crítica.  
Barcelona, 2003.  
440 páginas.



**Por Luis Miguel Úbeda**

Rafael Poch de Feliu (Barcelona, 1956) dirige actualmente la corresponsalía en Pekín de *La Vanguardia*, de Barcelona, después de 14 años (1988-2002) en Moscú y antes viajero ocasional por el “imperio exterior” soviético en Europa del Este. De su experiencia como periodista y testigo del hundimiento de la URSS y el nacimiento de la nueva Rusia nace esta pormenorizada crónica de los años que estremecieron al mundo al final del siglo XX y la exposición del salto ruso de un sistema burocrático a una democracia inconclusa.

*La gran transición* tiene una estructura cronológica, en la que se insertan capítulos temáticos que permiten profundizar en aspectos clave, como el despertar de las nacionalidades, el proyecto de Gorbachov (más bien su carencia de programa), Chernobyl, el golpe de Estado de 1991 o el asalto al parlamento en 1993.

El formato de gran reportaje permite excursos, acotaciones y explicaciones que enriquecen un texto de por sí muy legible y de calidad, con selección de información, elaboraciones rigurosas y variedad de fuentes.

El libro adquiere fuerza sobre todo cuando narra hechos. El buen oficio se percibe en la selección de los temas, las referencias temporales y circunstanciales que documentan un interesante drama político en el que no falta la ambición, la codicia, las zancadillas, la corrupción, la incompetencia, la torpeza, pero también la ironía, las paradojas, las maldiciones, los paralelismos históricos y el escurridizo azar, cuyo análisis es en sí mismo imposible, aunque su influencia en los acontecimientos, definitivo.

Acaso menos interesantes resulten algunas justificaciones de ciertos protagonistas o cuando cae en deducciones abusivas, como cuando interpreta el ascenso de Gorbachov a la máxima jerarquía asegurando que el sistema tenía “cierta capacidad de autorregeneración” (p. 44).

En todo caso, el pulso de los acontecimientos predomina y alimenta la tensión lectora, como cuando aparecen pasajes en primera persona (“me dijo Kuron en 1986...” “En 1996, en la ciudad de Gomel, conocí a Pavel Lukashov, un *likidator*...”), que sitúan al autor en el lugar de los hechos autentificando el texto y enriqueciendo los sucesos.

Se incluyen al final del libro 27 páginas de bibliografía comentada en español, ruso, inglés y alemán, muy útil para entender sus fuentes.

## Del agotamiento de un sistema al “Estado de mercado”

*La gran transición* describe la Rusia en el arranque del siglo XXI como un país en retroceso económico, demográfico, minado por la fuga de cerebros, endeudado, con 60 millones de habitantes viviendo en unas pésimas condiciones ambientales, con unos vecinos en progreso sostenido (China, Corea, India, Irán o Turquía) y con unas proyecciones que tienden a aumentar el diferencial. Su esperanza —cita al presidente Putin— es que “si todo va bien, si mantenemos un nivel de crecimiento adecuado, dentro de quince años accederemos al nivel de países como Portugal y España” (p. 383). Humillante perspectiva para la potencia que rivalizó con EE.UU. y hegemonizó amplias zonas del planeta.

Al preguntarse sobre los problemas de modernización y desarrollo, Poch de Feliu sostiene que Rusia está en otra dimensión que los tercermundistas asiáticos, donde el estatismo todavía puede permitir a China crecer un diez o un ocho por ciento. En Rusia el estatismo “ya había cumplido su misión en los años sesenta del siglo XX. Luego se convirtió en un claro obstáculo al desarrollo” (p. 385). Y concluye: “Hoy día, una buena administración, realista y eficaz, de ese ocaso es el único milagro posible” (p. 386). Dado el lamentable panorama descrito arriba y las dimensiones de Rusia más como una “parte del mundo” que como un país stricto sensu, no es un programa alicorto.

No todos son achaques en la Rusia actual. Sus ventajas comparativas respecto de la URSS están en la desaparición de la *nomenklatura* (“estadocracia”, dice Poch), la pérdida del lastre del imperio y la recuperación de la libertad (“plebeya, a veces miserable”), aunque siempre atemperada y matizada por la reencarnación del *samovlastie* y del “derecho de *ukaз*” (decreto).

Estas dos fórmulas son claves en el libro. Aparecen numerosas veces e indican el “desagrado hacia el principio de la división de poderes” (p. 389) y la vuelta a un presidencialismo sui géneris, que no es sino el predominio del jefe del Estado sobre los demás poderes, más parecido a los tiempos de Brezhnev que al presidencialismo norteamericano. “[La constitución de 1993] mantiene la división de poderes, pero de hecho la anula” (p. 291). Bastante voluntarista, Poch de Feliu asegura que la revolución pendiente es sacudirse esa “terrible” maldición de la *samovlastie*.

La peculiaridad rusa se manifiesta también en su vía al capitalismo, al “Estado de mercado” definido como la “síntesis negativa entre el tradicional burocratismo ruso, el estatismo soviético y la modalidad de capitalismo depredador mundialmente generalizado en los años ochenta y noventa” (p. 303).

Mención aparte merecen las líneas francamente halagüeñas dedicadas a Mijail Gorbachov, un hombre cargado de buenas intenciones y del sentido ético de la política, sostiene el cronista, preocupado de verdad por la situación del pueblo, que acabó volviéndole la espalda, interpretando (la “sicología plebeya”) sus intenciones y sus pasos efectivos para acabar con el monopolio del poder como “pura debilidad del monarca”. A pesar de la progresiva soledad política y su declinar ante un Boris Yeltsin, “nunca vi en Gorbachov”, dice Poch de Feliu, “algo que recordara un *trauma de perdedor*”, porque para el reformador de la primera etapa de la transición soviética, la “derrota personal formaba parte del precio de algo superior, algo rellenado de convicciones éticas y valores humanistas” (p. 41).

El autor recuerda en 1987 y 1988 que los incipientes estamentos sociales y políticos de la URSS se beneficiaban de la *glasnost* y la *perestroika* (aun admitiendo que Gorbachov carecía de plan y presupuestos ideológicos, salvo las referencias a una imprecisa nueva civilización que iba a integrar el este y el oeste, el norte y el sur), pero añade que apenas había “opiniones y actitudes transparentes en su positiva valoración de lo que estaba ocurriendo en el país” (p. 46).

La lectura de esta crónica debe detenerse en la página 49, porque ahí aparece una de las ideas rectoras del libro que merece una valoración. “Hay que conformarse con seguir observando el extraño precio de creciente caos, radicalización e incertidumbre pagado desde los primeros años por la reforma soviética. El extraño precio de la libertad”. Porque la diferencia entre el modelo ruso y la “vía china”, viene a decir el autor, está en Tiananmen, en las libertades cercenadas a cambio de unas cotas de crecimiento económico anual cercanas a los dos dígitos.

Una tesis un tanto equívoca, porque da a entender que los dirigentes soviéticos o rusos sacrificaron voluntariamente la riqueza en el altar de la libertad, un argumento contradictorio con el ya mencionado agotamiento del estatismo en Rusia en los años sesenta del siglo XX.

Si esa hubiera sido la elección real, el resultado acaso habría sido bien distinto del que conocemos hoy. Esas alternativas tan tremendas y antagónicas, impecables en los libros pero imposibles en la realidad adolecen de artificio y simplificación, licencias eficaces para resaltar argumentos que de otro modo requerirían mayores explicaciones pero falsas en el fondo.

En todo caso, el pasaje está más próximo a hacer de la necesidad virtud, que a profundizar en las opciones reales de la economía y la política en Rusia. Si algo ha certificado el caso soviético es que ningún régimen político, ni democrático ni dictatorial, puede mantenerse indefinidamente sobre un desastre económico o más exactamente frustrando las expectativas económicas de la población, por mucho que la hoja de parra de las libertades, el socialismo, la liberación de los pueblos o

cualquier otra coartada política trate de esconder otras vergüenzas. Además, como decía un viejo filósofo, quien trata de intercambiar libertad por riqueza muy posiblemente acabe perdiendo una y otra.